

La Política Internacional



Nos hemos hecho presentables. (En la fotografía, S. M. el rey Don Juan Carlos I, en compañía del rey de Suecia, Carlos XVI Gustavo, con ocasión de la visita oficial que le rindió el monarca español. La primera que un soberano español hacía al país escandinavo, antaño enemigo irreconciliable de la España de los Austrias). (Octubre de 1979).

ES posiblemente en el aspecto de las relaciones internacionales donde la naciente democracia española se ha encontrado con un más pesado lastre derivado de la larga y onerosa situación de la dictadura franquista. Carga que, en buena medida —y ahí radica su originalidad frente a otras facetas de la nueva vida y vía política iniciadas a la muerte de Franco— ha continuado soportando el Estado y todas sus instituciones y, por supuesto, el pueblo y hasta el futuro del país. Lo

peor es que ese legado ha sido, en muchos de sus capítulos, recogido por los artífices de la transición política y principalmente por los políticos centristas, con auténtica satisfacción, y aceptado como si fuera algo propio a su patrimonio político-ideológico y por tanto disponiendo proseguir, en los aspectos más materiales y fundamentales, por los antiguos cauces de la política internacional, en vez de abrir otros nuevos y genuinos como hubiese correspondido.



«España y Marruecos están condenadas a entenderse». Estas palabras del monarca alauita de Marruecos reflejan fielmente la tensión de unas relaciones obligadamente abocadas a la convivencia y el compromiso. (En la foto, el rey Don Juan Carlos acompañado del soberano marroquí, Hassán II, y el príncipe heredero de aquel país, durante un recorrido por las calles de Fez, en el curso de la visita del monarca español a Marruecos, en junio de 1979).

UN LEGADO COMPLICADO

La desaparición de Franco coincidió con una complicación del escenario internacional español, lo que sucedió hasta extremos realmente dramáticos y de una tensión que, a nivel internacional, se desconocía desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Por un lado, fue el rechazo, por prácticamente toda la comunidad democrática internacional, de los métodos sanguinarios habituales y superados en la larga histo-

ria del franquismo, pero ex-temporáneos y verdaderamente extravagantes en ese momento, y que se catalizaron en el consejo de guerra del Goloso, convertido en una innecesaria farsa que acababa también perjudicando a la propia institución castrense, seguidos de los consiguientes fusilamientos, y envuelto todo en un despliegue de todos los recursos humanos y simbólicos del fascismo español (1).

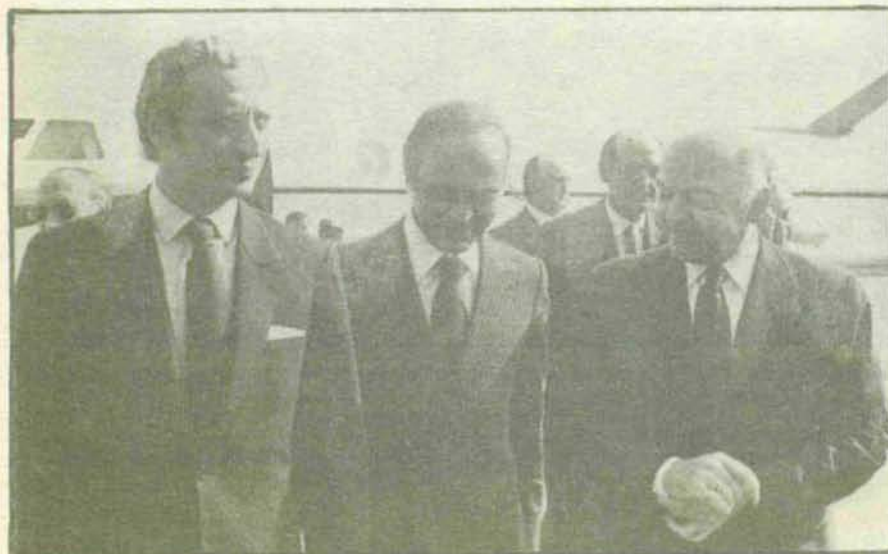
Pero por otro, y con nuevas y además persistentes con-

secuencias, fue el conflicto del Sahara, que estuvo a punto de salirse del estricto

(1) En esos momentos llegaron a hacer aparición, en las manifestaciones de la Plaza de Oriente, representaciones chilenas, argentinas y hasta de antiguos nazis y de neofascistas europeos. Tampoco está de más recordar que acontecieron infinidad de hechos que desprestigiaron al régimen ante una opinión pública internacional ya predispuesta en su contra, como el apaleamiento de una señora con pérdida de visión, ante la inactividad colectiva de la policía, por haber hecho el comentario de que «esto sí que es una alteración del orden», quien además fue sancionada por el Gobernador Civil; o las manifestaciones del Gobernador Civil de Baleares designando como homosexual al Primer Ministro de Suecia.



«Cualquier tiempo pasado...» fue peor. El rey de Marruecos charlando con el entonces Jefe del Estado español, general Franco, durante una breve escala del soberano marroquí en tierra española. Era en agosto de 1963. Y la ambigüedad era norma en las relaciones hispano-marroquíes.



El 24 de octubre de 1975, durante la agonía del dictador Franco, la crisis en las relaciones entre España y Marruecos, que abocaría a la «Marcha Verde» y el abandono, en manos de Marruecos, del Sahara, se acentuó. Para paliarla, el sempiterno «componedor» José Solís Ruiz, se entrevistó con el ministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, Laraki—en el centro de la foto—, en Madrid, llegándose a la tragicomedia de los llamados «Acuerdos de Madrid».

marco diplomático para llegar a lo que podía ser, en mayor o menor medida, un enfrentamiento armado entre las fuerzas militares de dos países.

Por supuesto, el momento fue escogido como muy propicio por la sagacidad de Hassan II, uno de los políticos más astutos y hábiles que se pueden encontrar a nivel mundial. La enfer-

medad de Francisco Franco, su esperada muerte, y el inevitable trauma que naturalmente supondría la sucesión de la veterana y desprestigiada dictadura franquista, ofrecía la oportunidad de que Marruecos pudiera actuar de un modo muy favorable para sí, cuando además se contaba con una política sahariana española que todavía no ha-

bía superado el caos creado por las interferencias de Carrero Blanco en asuntos que eran de otra incumbencia y también que exigían mayor capacidad de la demostrada por el fallecido almirante. A ello hay que agregar que Hassan II buscó el mecanismo, tan original como hábil, de la **Marcha Verde**, para llevar a cabo sus objetivos reivindicativos del Sahara y a la vez hacer participar al pueblo y a la oposición marroquí en una tarea común y de alta importancia, salvando también de este modo el proceso paulatino de desestabilización del régimen alauíta.

EL SAHARA, DE «CASUS BELLI» AL RIDÍCULO

La solución adoptada para salir del conflicto del Sahara, que no ha podido ser más desfavorable, vino a ser el primer acto de política internacional de la transición, aunque en justicia fue más bien del tránsito. En realidad poco se podía hacer, y lo que se podía hacer en esos momentos era bastante difícil. Además, lo que se hizo fue hecho por políticos todos ellos de la época franquista y procediendo al modo y manera impuesto por la inercia de la etapa anterior.

Recordemos que la crisis fue «salvada» por gente como Solís, Carro y Arias Navarro, y que ni antes ni después de la «Marcha Verde» pudo intervenir con efectividad el Ministerio de Asuntos Exteriores, a quien sólo se le asignó en la práctica el papel de hacer el ridículo en la arena internacional, del mismo modo que en el Sahara le tocaba una situación parecida al ejército. El denominado «lobby ma-

arroquí»: la familia de quien fue Capitán General de Galicia y de Canarias y más tarde jefe de las Fuerzas Armadas marroquíes, el general Mizian, y el dicharachero Solís, gozaron de un poder de decisión o de una capacidad de maniobra diplomática de la que se vieron desprovistos quienes debían haber sido «las autoridades competentes», reducidos, muy en su contra, a la más absoluta incompetencia.

De todas formas, ese primer y decisivo paso se puede considerar como perteneciente al acervo de las actuaciones puramente franquistas. Lo que ya no es justificable, ni tampoco explicable, es que no se intentara enmendar el entuerto, y lo que es peor, que la política sahariana de toda la transición haya estado marcada por lo hecho y decidido en la época de Franco.

DAR SIN CONTRAPARTIDA

Los acuerdos de Madrid no pudieron ser más leoninos para España. Hay rendiciones incondicionales que en la práctica son mucho más generosas. Ciertamente que se evitaba lo peor: el enfrentamiento, pero, en cualquier caso, esto no dejaba de ser hipotético, pues tampoco resultaba deseable para Marruecos, país militar y económicamente muy inferior a España, y, además, podía evitarse de muchas otras

«Lo que popularmente se ha conocido como «Pacto Americano» o «Tratados de las Bases», fue hecho al margen de lo que pudiera generar o interesar al pueblo español». (En la fotografía, la firma de los Acuerdos Hispano-Norteamericanos de 1976, entre el entonces Secretario de Estado norteamericano, Kissinger, a la izquierda, y el ministro de Asuntos Exteriores español de la época, José M.^a de Arelliza, a la derecha, igualmente sentado).



En octubre de 1979, una visita relámpago del líder de la Organización de la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, a Madrid, confirmaba el reconocimiento oficial, por parte de España, de dicho movimiento, acorde con la «tradicional amistad de España hacia los países árabes». De aquella histórica jornada nos ha quedado esta fotografía, prueba elocuente de las buenas relaciones entre Adolfo Suárez, presidente del Gobierno español, y el personaje palestino, ya mítico, Arafat.





«Más papista que el Papa»... Manuel Azcárate, denunció en su día como antidemocráticos y opuestos a los intereses de España, los Acuerdos Hispano - Norteamericanos

maneras. Aparte de los aspectos políticos y morales, los acuerdos de Madrid, llevados a cabo del modo más franquista posible —o sea, no considerando al pueblo saharauí más que como espectador y eso a base de la ficción corporativista de la Yemaa, ni al pueblo español, que ni siquiera obtuvo la categoría de espectador— se limitaron a un dar sin recibir. Marruecos estaba dispuesto a conceder y España ni siquiera pidió.

Siguiendo la tónica dominante en el franquismo, careció de la menor visión de futuro o de previsión. La única concesión mínimamente digna era la relativa a la explotación de Fosbucraa, lo que resultaba absolutamente inviable dada la previsible conflictividad del área, lo que era a su vez igualmente obvio para quien conociera la situación como debía hacerlo España. Era una situación propicia para solucionar aspectos como los de la pesca. Sin embargo, se perdió o despreció la ocasión.

CONTINUAR COMO PARTE DEL CONFLICTO

Ni tan siquiera consiguió España, como era también esperable, desligarse de un conflicto. Por su pertenencia al área geográfica, y en particular por Canarias, por las vinculaciones e intereses con Marruecos y Argelia, por la categoría de antigua «potencia administradora» y por lo inhábil de sus ac-

tuaciones pasadas, España ha continuado siendo parte en el conflicto saharauí.

Los diversos gobiernos de **transición** no han sabido adoptar la fórmula oportuna para evitar tal tipo de salpicaduras, ni tampoco, en su defecto, lograr —lo que en proceder diplomático es correcto— obtener algún tipo de beneficio, al menos de alguna de las partes. Es difícil saber con quién simpatiza España, y los gobiernos de la transición han conseguido aún otra cosa, que es no saber quién simpatiza con España, si Marruecos, Mauritania, Argelia o los saharauis, recibiendo «palos» morales y también materiales de todos. No ha logrado la neutralidad, tampoco el menor respeto, ni ha buscado fórmulas para encaminar la solución del conflicto saharauí por cauces originales, como podría ser propugnar la solución de la creación en el Sahara de un estado libre asociado de los tres países limítrofes, fórmula hoy olvidada, pero que ha llegado a ser propugnada en su día hasta por quien ha



S. M. el rey Don Juan Carlos y el presidente Carter escuchan los himnos nacionales de ambos países a la llegada del Presidente de los Estados Unidos a Madrid, en visita oficial de veintiuna horas. Era el 25 de junio de 1980.

llegado a ser Ministro de Asuntos Exteriores de la R.A.A.S. y anteriormente delegado de Mauritania en la O.N.U., Aba Miske.

Tampoco ha sido capaz de copiar la actitud francesa, país al que sigue de lejos en la política saharauí, pero del que no ha copiado ciertas actitudes enérgicas y la capacidad de hacerse, en el fondo, respetar por todas las partes del conflicto y de este modo convertirse en un potencial árbitro.

U.S.A. DIXIT

Otro de los fundamentos —y también horizontes— de la política internacional en el quinquenio de la transición ha sido el de dependencia de nuestras acciones político-internacionales con respecto a los deseos norteamericanos. Más que una interferencia de las instituciones norteamericanas en nuestros asuntos, tal como suele ser habitual en el proceder de las superpotencias, lo que ha sucedido es que no ha hecho falta de esas



En septiembre de 1962, los entonces príncipes Juan Carlos y Sofía, en viaje de bodas, fueron recibidos por el presidente Kennedy en la Casa Blanca. Eran una esperanza de futuro para España y una presidencia hoy legendaria y fallida.

interferencias, ya que se ha puesto buen cuidado en actuar de acuerdo con los intereses internacionales de Washington.

En cualquier caso, hay que tener en cuenta la notable excepción de lo relativo a Israel, aunque de todas formas hasta en este aspecto se ha sido en la práctica menos radicalmente proárabe que

durante la época de Franco, a base de dejar vías abiertas de acceso a un reconocimiento del estado judío y a mantener posturas compensatorias y más «neutralistas» en el conflicto de Oriente Medio, lo que no deja de ser un acercamiento a los deseos de Estados Unidos. Nuestros intereses y vínculos con el llamado **Mundo Árabe**, y en particular el abastecimiento de petróleo y la conflictividad con Marruecos por el Sahara, pesca y, sobre todo, por Ceuta y Melilla, exigen esa postura formalmente proárabe y de rechazo a Israel.

Se puede asegurar que durante la transición se han mantenido posturas internacionales más pronorteamericanas que durante la dictadura franquista, que nunca olvidó los reflejos de su pasado alineamiento diplomático con el Eje, ni tampoco su mayor dosis de nacionalismo traducido en el ya conocido irracionalismo político y mitomanía de corte imperial.



El rey Don Juan Carlos saluda a Kissinger, durante la visita del entonces Secretario de Estado norteamericano al Palacio de la Zarzuela, en enero de 1976. Surgía una nueva España que quería «detectar» el astuto político estadounidense.

LAS BASES

El cargo de primer ministro de Asuntos Exteriores del primer gobierno de la monarquía recayó en una de las personas más proclives a seguir una política internacional de corte norteamericano, y que al mismo tiempo gozaba de las bendiciones por parte de las autoridades y grupos de presión de Estados Unidos. Al menos el propio José María de Areilza, en sus coqueteos con la oposición durante los últimos años del franquismo, se vanagloriaba de contar con el respaldo moral

que supone una generosa simpatía del Departamento de Estado hacia su propia persona.

Así, no resulta extraño que fuera la persona idónea para llevar las negociaciones con Estados Unidos en vistas a renovar unos compromisos generados en unas circunstancias muy diferentes a las que se pretendían hasta en la tibieza de esos primeros momentos. Lo que popularmente se ha conocido como «pácto americano» o «tratados de las bases» fue hecho al margen de lo que pudiera generar o interesar



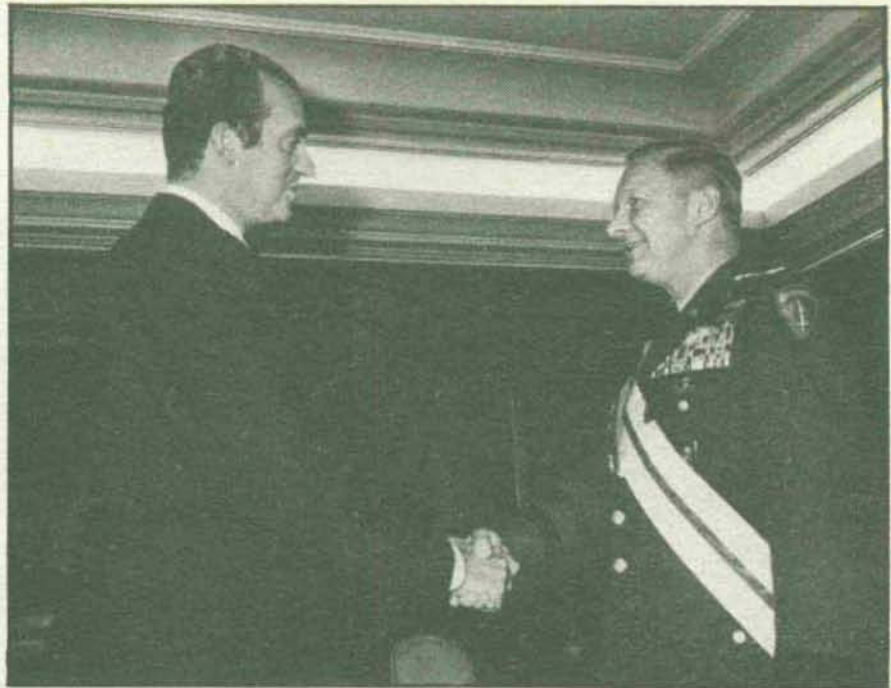
al pueblo español. No se le consultó cuando lo hizo Franco, y quizás menos aún en la última renovación, en la que se dio la circunstancia de que ni estuvo rodeada del aparato informativo de las anteriores.

De todas formas, unos compromisos adoptados de modo tan antidemocrático proporcionan la base jurídica para que en un estado democrático se hubiera puesto en duda su validez y renegociación, lo que no se ha cuestionado jamás en los cinco años de la transición, ni tan siquiera cuando se puso punto final al Gobierno Arias.

Lo que resulta peor es que la propia oposición, que tan buen cuidado ha tenido en revisar la normativa nacional originada a la sombra del franquismo, no ha tocado este tema de la validez de esos acuerdos, y su renovación o renegociación, en términos de claridad democrática, lo cual no quiere decir que se tenga que estar en contra de «las bases», pero sí que es inadmisibles y denigrante el procedimiento



«USA dixit...». El presidente Carter acompaña al Jefe del Gobierno español, Suárez, tras la visita de éste a la Casa Blanca, en el viaje del presidente del Gobierno español a los Estados Unidos, en abril de 1977.



El general Georges Blanchard, Jefe del VII Ejército norteamericano y Jefe del grupo de Ejércitos Centrales de la OTAN, recibido en audiencia por S. M. el Rey, en abril de 1978.

por el que se llegó a los acuerdos y aún más su persistencia en una situación de democracia.

U.C.D. A LA ORDEN

Es evidente que si queremos mantenernos dentro del menor realismo no resulta po-

sible para la frágil democracia española, ni para un país con una ubicación geográfica como la de España y en su situación económica, y hasta con la configuración sociológica vigente

—predominio cuantitativo de sectores de clase media, plenamente abocada la sociedad al consumismo y configurada culturalmente como Europa Occidental tan cercana o tendente al ame-



El presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, con el secretario de Estado norteamericano Cyrus Vance, en el Palacio de la Moncloa, durante la entrevista que mantuvieron en junio de 1979, con asistencia del entonces ministro de Asuntos Exteriores español, Marcelino Oreja, y el embajador de los Estados Unidos en España, Terence Todman. (En la fotografía, de izquierda a derecha: Todman, Vance, Suárez y Oreja).



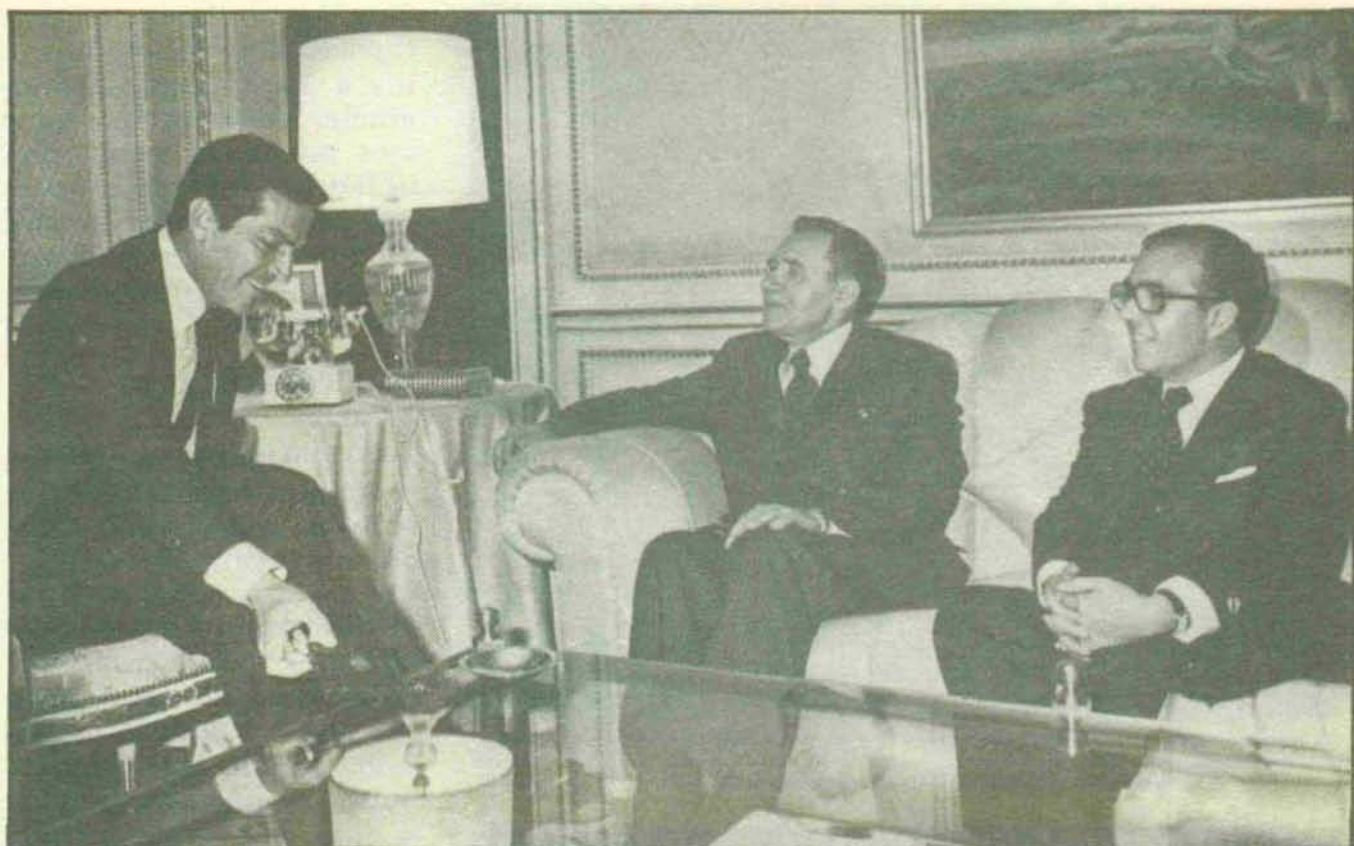
SS. MM. los Reyes de España durante su visita al Palacio de Verano, de la Ciudad Prohibida de Pekín, en el curso de su viaje oficial a la China, en junio de 1978.



rican way of life— sostener una línea de actuación contraria a lo que viene denominándose Occidente y que, en realidad, en materia internacional está polarizada por lo decidido por Washington, el Pentágono o Wall Street.

Por otro lado, la fórmula U.C.D. es, dentro de lo posible, la solución más conveniente para evitar (en España o países similares) tanto por derecha como por la izquierda imprevistos que, en cualquier caso, no serían deseables para Estados Unidos, guardiana del Mundo Occidental, veladora de su seguridad y profundamente inquieta por el mantenimiento de un *statu-quo* internacional y que desde la

Una responsabilidad no cancelada. El rey de España acoge, en el aeropuerto de Barajas, a su huésped, el presidente de Guinea Ecuatorial, teniente coronel Teodoro Obiang Nguema, en abril de 1980.



Un momento de la entrevista mantenida en el Palacio de la Moncloa entre el presidente Suárez y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromyko, en presencia del entonces ministro de Asuntos Exteriores de España, Marcellino Oreja, en noviembre de 1979. Una posibilidad de equilibrio político entre los dos bloques: la OTAN y el Pacto de Varsovia...

emancipación política del Tercer Mundo le es sólo ligeramente favorable. No cabe duda de que la solución ucede ha sido propugnada por Estados Unidos y que ese país cuenta con la capacidad de poder fácilmente desestabilizar la situación democrática española, sumamente frágil e inestable, y sin bagaje de experiencia en una coyuntura económica nada favorable y en un país en el que persisten fuerzas hostiles a la democracia enormemente poderosas. No se puede decir que debamos nuestra mediocre y naciente democracia representativa a los Estados Unidos, pero sí puede asegurarse que es en buena parte gracias a este país que no hayamos dejado nuestras conquistas democráticas. De haber tenido en los círculos del poder de Estados Unidos el menor deseo de que en España hubiera habido un golpe mi-

litar, éste ya habría tenido lugar. ¿Quién sabe —es pura especulación— si no interviene en el mantenimiento de un equilibrio inestable para tener que pasar la factura por evitar la desestabilización total?

U.C.D. conoce mejor que nadie tanto sus debilidades

como sus dependencias, por lo que, como se puede demostrar en la práctica, ha estado dispuesta (y lo continúa estando) a llevar una política internacional que le aporte el respaldo de Washington, poniendo buen cuidado en evitar caer en ese campo en la menor discrepancia con



La dificultad de no hablar el mismo idioma. El presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, durante su entrevista con el presidente de la República francesa, Valéry Giscard d'Estaing, en septiembre de 1977.



Una amistad hecha de tenacidad e intereses convergentes. Adolfo Suárez y el canciller Helmut Schmidt, de la República Federal Alemana, durante la visita del presidente del Gobierno español a Bonn, en noviembre de 1977.



La Comunidad Económica Europea, una aspiración aún no cumplida. El presidente del Gobierno, Suárez, durante su visita a Bruselas, sede del Mercado Común, con el presidente de la Comisión de la Comunidad Económica Europea, Roy Jenkins, en noviembre de 1977.

los deseos e intenciones norteamericanas, y en menor medida con las otras potencias occidentales, y principalmente con Francia. Esto implica que la política internacional ucedea tiene

que ser necesariamente, además de dependiente —y no simplemente coincidente— mediocre, ya que tiene que estar a la zaga, y en función, de los deseos principalmente norteamericanos,

y sin desarrollar sus propias capacidades, ni instrumentos o ideas propias u originales. Viene a ser como esos productos mercantiles de fabricación española pero con licencia extranjera que adoptan nombres anglosajones con el segundo apellido **Ibérica**.

UNA DIPLOMACIA TIMIDA

Todo ello influye también en la timidez y tibieza con que se adoptan decisiones y medidas que ya nos pueden ser más exclusivas. Tal es el caso de Guinea, otro de los descabros y vergüenzas del franquismo, en cierto modo «al alimón» con la oposición. Asunto que durante mucho tiempo parecía como si más que problema heredado del franquismo fuera un asunto continuado. Una vez dado el visto bueno para el golpe militar que puso punto final a una de las más oprobiosas dictaduras de la historia contemporánea, y puede ser que interviniendo de algún modo en ese esperado desenlace, el Gobierno español se ha mantenido en una situación de defensiva vergonzante teniendo acusaciones fuera de lugar y mostrando un doble complejo de culpa y de inferioridad. Al final han tenido que ser Marruecos, y Francia indirectamente, quienes han ocupado el vacío que España no ha querido ocupar ni a pesar de la solicitud del Gobierno guineano.

OLVIDO DEL TERCER MUNDO

Algo parecido ha sucedido en lo que respecta a las relaciones con el Tercer Mundo. España, por su posición geográfica entre Europa y Africa y en el camino de Oriente Medio, por su po-

sición cultural frente a los hispano - parlantes y en situación de ventaja con los lusoparlantes; por su posición política de cierta alineación con el mundo árabe, y sobre todo de país europeo casi no comprometido con el colonialismo reciente y con la categoría de no potencia militar, económica o política, lo que puede despertar recelos en ciertos países, podía haber mantenido con ellos relaciones excepcionalmente enriquecedoras para ambas partes.

Sin embargo, lamentablemente no lo ha hecho, y ha llevado una trayectoria absolutamente contraria, afirmando en diversas ocasiones su vocación europeísta y occidentalista, lo que es coherente, pero no con abandono de otras áreas de interés, que no son excluyentes y que además pueden reforzar y revalorizar el papel de España en Europa y dentro del mismo Occidente. La idea forjada por Cubillo de la africanidad y reivindicación independentista de Canarias ha contado con una respuesta coincidente con el tipo de relaciones con el Tercer Mundo, donde España no hace llegar su voz, aparte de que precisamente este asunto se ha sacado, por el propio Gobierno español, de su auténtico contexto y se ha dado un tono a las réplicas que aparentaban que España mantenía posturas más defensivas que puramente explicativas.

No se toma en consideración la posibilidad de utilizar fuerzas militares españolas en misiones de paz, tal como lo hacen Canadá o Suecia, lo que aumentaría la presencia española e influiría a la vez en el reciclaje de las Fuerzas Armadas.



Gibraltar, la controversia de siglos con Inglaterra llamada hoy «contencioso», pero igualmente sentida. A la izquierda, Areilza con Callaghan, en marzo de 1976; a la derecha, Lord Carrington con Oreja, en abril de 1980. Resultados parejos, un largo compás de espera...



DE HISPANOAMERICA A LATINOAMERICA

En lo que respecta a América Latina, sí es encomiable que se haya rectificado en parte el tono de paternalismo imperialista de antaño y la mitomanía imperante en nues-

tras comunes relaciones. Los discursos del Rey, y el estilo de sus visitas a aquellas tierras, son reveladores de esta nueva orientación y esperanza, como también lo ha sido la conversión del antiguo Instituto de Cultura



S. M. el rey Don Juan Carlos durante el discurso que pronunció en el acto conmemorativo del 485 aniversario del descubrimiento de América, celebrado el 12 de octubre de 1977, en el teatro «Pérez Galdós» de Las Palmas de Gran Canaria, con asistencia del presidente de México, López Portillo. (En la fotografía, a la derecha del Rey, el Presidente mexicano y su señora; a su izquierda, S. M. la Reina de España y el ministro de Asuntos Exteriores español, Marcelino Oreja).



Un momento de la cena de gala que tuvo lugar en el Palacio de Chapultepec, de la capital mexicana, al término de la visita oficial de los Reyes de España a la nación azteca. (De izquierda a derecha, en la fotografía: la reina Doña Sofía, el presidente de México, López Portillo, S. M. el Rey, la esposa del mandatario mexicano y el ministro de Asuntos Exteriores español, Marcelino Oreja). (Noviembre de 1978).



S. M. el rey Don Juan Carlos, durante la alocución al llegar a la República de Venezuela, en visita oficial (en septiembre de 1977). En la fotografía, a la izquierda del soberano español, el presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez.

Hispánica en un instrumento de cooperación con prometedoras perspectivas. Más importante es la inclusión de nuestro país como miembro observador del Pacto Andino. También es digna de mención la rectificación de la confraternización con las sangrientas y corruptas dictaduras latinoamericanas. De todas formas, están por explotar nuestras posibilidades con América Latina, no han sido desterrados los resabios del pasado, y no se ha perfilado un protagonismo auténticamente activo en una política latinoamericana que no puede ser residual. No podemos olvidar, dentro de la obsesión por el Mercado Común, que podemos ofrecernos como puente para sus relaciones con esa parte del Mundo.

A POR LA O.T.A.N.

Pero la pieza más fundamental y trascendente de la política internacional de U.C.D. es la relativa a la entrada en el Mercado Común, objetivo que, además de puramente internacional, tiene

aún más valor económico. Esta meta se incluye como parte de la «vocación europeísta» de que tanto se hace gala y que es innegable en cualquier caso.

Con apariencias de ser parte integrante de esa misma vocación, y como algo relacionado a la aspiración de formar parte de la Comunidad Económica Europea, se está mentalizando a la opinión pública para que asuma, más que acepte, la inclusión en el bloque militar más importante de Occidente.

En realidad se trata más bien de una faceta más, la principal de esa política internacional dependiente e incondicionalmente prorateamericana, característica de la diplomacia de la transición. A su vez, es nuevamente prueba de la falta de capacidad imaginativa e inexistencia del deseo de discurrir internacionalmente de un modo autónomo —dentro de lo relativo que esto es en materia de relaciones internacionales— y con cierta originalidad.

No cabe duda de que el ingreso de España en la O.T.A.N. presenta algunas ventajas de tipo objetivo, aunque estas no son las que la propaganda gubernamental ofrece. Es una garantía —aunque no absoluta, recordemos Grecia— de consolidación del sistema democrático actual que, con todas sus insuficiencias e imperfecciones, es la **conditio sine qua non** para una evolución político-social y una mejora con respecto a cualquier tipo de tiranías. También puede ser un factor para la homologación de un ejército como el español, tan ligado personal y sentimentalmente con la dictadura, a fuerzas armadas



Gajes del oficio. Los reyes de España, en el aeropuerto bonaerense de Ezeiza, en compañía del jefe del Estado de la República Argentina, general Videla, que mantiene un férreo gobierno militar en su país. (Noviembre de 1978).



El ministro de Asuntos Exteriores español, Oreja Aguirre, y el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, firman el documento sobre los Derechos Humanos, en la sede de la ONU, en septiembre de 1976.

apolíticas, profesionalizadas, democráticas y modernas, como las de los países europeos, aunque tampoco podemos dejar de recordar la experiencia griega y en cierto modo la turca.

Las desventajas son muchas e importantes. Unas son puramente españolas, como la no necesidad de incluirnos

en cualquier bloque militar; la dificultad o casi imposibilidad de dar marcha atrás en esa decisión; la posible mediatización de nuestra política interior e internacional, con la acentuación de todos los defectos que ya hemos señalado anteriormente como desgraciadamente propios de nuestra

política internacional. Contrariamente a lo que se dice, implicaría un gasto y unos recursos que buena falta nos hacen para otros aspectos. Y, por encima de todo, los riesgos derivados de una conflagración.

Desde el punto de vista internacional, la entrada de España en la O.T.A.N. rompe el equilibrio entre bloques militares, es un paso atrás en la necesaria distensión y supone un acercamiento de uno de los bloques al área africana, tan competida y conflictiva, competitividad y conflictividad que previamente se verá aumentada al buscar el otro bloque nuevas compensaciones en esa tan disputada área.

Queda como siempre el eterno problema de Gibraltar, que no por viejo ni por recurso de viciados nacionalismos deja de ser algo a lo que se tiene que poner solución. El estado del pro-



El secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo, en New Haven, durante su visita a los Estados Unidos, en noviembre de 1977.

blema no ha variado, ni se vislumbra solución. La conversión de Gibraltar, o el Peñón con la zona conocida como Campo de Gibraltar, en una región autónoma, quizás dentro de esa Andalucía a la que se le escamotea su autonomía, con el otorgamiento de la doble nacionalidad para los «llanitos», la concesión de una base británica por poco que nos guste, y la constitución de Gibraltar y su contorno en puerto franco —en suma, conceder más que pedir—, podría resultar un atractivo para los habitantes de Gibraltar hoy «cerrados en banda» a la integración política en España. Sin embargo, se continúa en las interminables conversaciones diplomáticas cuyos resultados tenemos a la vista.

NOS HEMOS HECHO PRESENTABLES

Lo que sí se ha conseguido a nivel internacional es cambiar la cavernícola imagen que tenía España. La rápida ratificación de los Pactos sobre Derechos Humanos, la defensa de los Derechos Humanos repetida tanto por el Rey en sus visitas como por nuestros representantes diplomáticos; la presencia con dignidad en los foros internacionales y también la nueva trayectoria tomada fronteras adentro, han hecho que cambiara la concepción de España y que aumentara considerablemente la posibilidad de que alguna representación española pueda ocupar puestos importantes en asambleas o instituciones internacionales.

En resumen, y de modo general, se puede concluir que la política internacional durante la transición ha sido una continuación de la del



Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista (a la derecha), charla con Felipe González, secretario general del Partido Socialista Obrero Español, durante la reunión de la Internacional Socialista, convocada en Londres, en marzo de 1977.

franquismo, a veces acentuando sus rasgos, pero ofreciendo una imagen homóloga a la de las democracias; mediocridad y falta de originalidad en sus planteamientos; tibieza y falta de decisión en sus determinaciones. Por último, una carencia o quizás ningún deseo de aprovechar determinadas coyunturas internacionales para colocarnos en una posición de neutralidad activa —sirviendo de vínculo y comunicación entre bloques,

áreas, sistemas o países— de la que podríamos sacar indudable provecho. Por encima de todo ello está la culpabilidad de sus protagonistas de no participación en la distensión.

En cualquier caso, no cabe la imputación de culpas a quienes han tenido la capacidad de decisión, sino que en mayor o menor medida las fuerzas de la oposición, por acción u omisión, han participado de muchos de esos mismos rasgos. ■

J. M. A.



De Areilza a Pérez Llorca, una transición sin transición. El actual Ministro de Asuntos Exteriores de España y el conde de Motrico, que ocupó dicho cargo en el primer Gobierno de la Monarquía, conversando en febrero de 1977, durante el Primer Congreso del Partido Popular, época en que Pérez Llorca era secretario de Coordinación del Partido Popular y Areilza, líder del mismo.